

Podemos hacia las elecciones. La izquierda, la unidad y la alegría

En un momento muy delicado, cercano a las elecciones nacionales, autonómicas y europeas, José García Molina, actual Vicepresidente Segundo de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha y Secretario General de Podemos en la comunidad autónoma, nos explica su opinión sobre la hoja de ruta que deberían seguir Podemos y todas las fuerzas políticas progresistas para enfrentar y derrotar a aquellas reaccionarias, implementando un proyecto de mayor democracia y de justicia social.

de Simone Furzi

La primera pregunta se refiere a las próximas elecciones en España. Frente al riesgo de algunas divisiones internas y de la insurgencia de las fuerzas conservadoras, también de extrema derecha, ¿qué estrategia tiene que aplicar Podemos, en relación con las alianzas y a la formación de su programa político?

En este último año se ha ido configurando algo que ya sabíamos: una política hecha de bloques donde no habrá mayorías absolutas. Hay una aritmética variable donde, por ejemplo, un partido como Ciudadanos, que se presentó como renovador, como una respuesta conservadora a Podemos, se ha alineado con un bloque de la derecha, llegando también al gobierno de Andalucía, donde primero gobernaba con el PSOE, y ahora con un partido de la ultraderecha. Es una demostración también de su oportunismo. Su idea es pactar con cualquiera fuerza política que haga que las cosas no cambien demasiado. Ciudadanos nació para estabilizar un régimen que estaba moribundo. No le importa ni la ideología ni las ideas, ni la democracia en sentido sustancial. Han venido a su cumplir una función: ayudar las tradicionales fuerzas políticas y económicas conservadoras para que no haya cambios significativos en España.

Por lo tanto, entiendo que en líneas generales se conforman dos bloques: uno reaccionario con PP, Ciudadanos y Vox; y un otro, que me gustaría pensar se pueda ir conformando, más progresista, adonde queden PSOE, Unidos Podemos y otras organizaciones sociales progresistas.

No es fácil hacer previsiones, porque estamos en un escenario muy inestable. Las encuestas tampoco son muy fiables. A mí me gustaría pensar que en Madrid, como en Castilla-La Mancha y en todas las comunidades, se puedan hacer bloques progresistas y se continúe gobernando, para dejar atrás definitivamente las políticas que el PP impuso en todo el país y que tienen a que ver con la austeridad, con el recorte de derechos públicos, laborales, cívicos y políticos.

En una reciente declaración suya, [reportada da El Diario](#), en ocasión de la reunión de los secretarios regionales de Podemos en Toledo, usted habló de un llamamiento “a la unidad, a la responsabilidad y a la alegría”. En particular, me sorprendió esta última referencia a la alegría, que yo he interpretado como invitación a adoptar, de forma sustancial, un lenguaje diferente y en contraste con la agresividad de la derecha. ¿A que se refería usted precisamente?

Efectivamente cuando hablo de alegría, me refiero a una construcción de proyecto político que se haga observando la realidad del presente y sabiendo negociar con ella, pero mirando sobretudo a un futuro más prometedor. Creo que el discurso prevalente de la derecha no es solo un discurso conservador que mire al pasado, sino un discurso también de odio, de resentimiento hacia la diferencia del otro y de exclusión. La izquierda tiene que poner un proyecto para una España, una Europa y un mundo mucho más igualitario, más incluyente y sobretudo más alegre, menos

resentido respecto a la convivencia con personas diferentes cultural, étnica y políticamente. La democracia es el único estado en el que la diferencia se puede negociar y los problemas no se solucionan recurriendo al odio y la exclusión.

Bueno, esperemos entonces ese futuro. Pero ahora la situación es realmente dramática en toda Europa, aunque en forma y en proporción diferente. En España es seguramente mejor que en Italia, donde la izquierda está dividida en muchos pequeños partidos en continuo contraste entre ellos, que no tienen todavía proyectos políticos bien estructurados para la mayoría. Y lo que era el principal partido de centro-izquierda (definición que ahora no es apropiada y que merecería muchas aclaraciones), el PD, está también desorientado y dividido en su interior, entre fuerzas más progresistas, liberales y conservadoras, especialmente en ámbito económico y en la interpretación de la dinámicas sociales modernas.

Un problema histórico de la izquierda ha sido y todavía es que, en la legítima defensa de la singularidad de sus ideas y de sus formas de entender la vida, se hace difícil construir una unidad, que no tiene por qué ser unicidad o homogeneidad. Así se antepone el narcisismo del matiz respecto a lo que nos une, incluso respecto a los adversarios que nos unen. A mí me parece un error político de siempre y un error grave de hoy, donde vemos que se eligen partidos o regímenes excluyentes y reaccionarios en Europa, y en todo el mundo. En este periodo histórico en particular tenemos que cooperar fuertemente y no competir entre nosotros, para contrastar las fuerzas reaccionarias.

Claramente esto se pone más difícil cuando no hay un pensamiento profundo que sostenga un proyecto de unidad. Pues, usted se refirió a la complicada situación europea. En mayo hay elecciones parlamentarias de UE. ¿Cuál es la hoja de ruta de Podemos para este importante acontecimiento?

En el caso de Podemos, creo que primariamente tenemos que defender lo que siempre hemos defendido: un Europa unida, más fuerte, mucho más social y igualitaria. Europa es un continente rico económicamente y culturalmente, y tiene que defender los valores sobre los que se ha levantado su larga construcción político-democrática y de tolerancia. Una política que no se haga contra los otros. Europa no tiene que adquirir modelos de democracia donde el mercado sea la única ley, como ha pasado en el modelo del neoliberalismo. Europa debe poder decir al mundo que hay formas mejores de entender la política y la vida en general, donde cabemos todos, sin exclusiones y sin desigualdades tan flagrantes en lo económico y en lo social.

Y sobre las alianzas, ¿tienen ya un proyecto bien definido?

Lo que llamamos procesos de confluencia con otras fuerzas, en general están muy avanzados. Hay seguramente diferentes problemas o situaciones en distintas comunidades. Pero la mayoría de la gente de izquierda está a favor de esta confluencia y creo que tanto en las elecciones municipales, como en las autonómicas, las nacionales y las europeas, podemos presentarnos en una sola papeleta. Hemos visto lo que ocurrió en Andalucía, donde las divisiones de marcas electorales han favorecido la derecha. La gente quiere unidad que refuerce nuestros proyectos políticos.

Hemos citado entre las otras cosas la situación internacional. En este momento una de las cuestiones más relevante es la que acontece en Venezuela. ¿Cuál es su opinión sobre la situación, con referencia también al comportamiento de UE y del Gobierno español?

El Gobierno de España ha reconocido Guaidó como presidente legítimo. Yo he expresado mi opinión en algunas [entrevistas](#). Creo que en Venezuela se está en juego el concepto y significado de la soberanía nacional. En un país que se diga democrático los presidentes y los parlamentos los elige la ciudadanía, no se autoproclaman y no se deben imponer por injerencias de países terceros. Un problema es que en los medios de comunicación hay un debate muy caricaturizado entre las distintas posiciones y no se analiza en profundidad las causas que hacen que estamos en esta circunstancia. En Venezuela la situación no es fácil, es una obviedad. Pero en el mundo hay muchos países que tienen más dificultades políticas, económicas y sociales que Venezuela y casi nadie dice que haya que intervenir allí. Claramente se habla de Venezuela porque hay intereses económicos y políticos muy precisos. Creo que la situación de Venezuela tiene que resolverla la población de Venezuela, con los instrumentos democráticos que tienen, sin injerencia exterior.

Así, usted piensa que lo mejor que podría hacer UE, sea favorecer el dialogo entre las partes.

Antes hemos hablado de política de resentimiento, con un discurso muy violento. Yo creo que la política tiene que ser, sobretudo, negociación entre diferentes. Así si queremos ayudar a resolver los conflictos, tenemos que bajar la tensión para favorecer el diálogo, y no echar gasolina al fuego lanzando ultimátum o amenazas de intervención militar. Por supuesto, si queremos mejorar la vida de la gente de Venezuela y de cualquier otro país, tenemos que ayudar cooperando y respetando la soberanía de los países y ciudadanos.

Un país que se ha posicionado en manera totalmente diferente a USA y UE en Venezuela ha sido China. ¿Como se ubica Podemos en relación con China, un país con muchas contradicciones y muy difícil de comprender?

China es efectivamente un país curioso, que tiene una fuerte diferencia entre su estructura política formal y su acción económica, habiendo abrazado en algunos casos una forma de capitalismo y de neoliberalismo muy salvaje. Sinceramente, no suelo criticar ni opinar demasiado sobre las dinámicas de otros países, exceptuando cuando se dan violaciones fragantes de derechos humanos. Estamos en el siglo XXI, la geopolítica ha cambiado mucho respecto al pasado. Es inevitable establecer acuerdos de colaboración y respetar la singularidad de cada país, con atención a las cuestiones ligadas a los derechos humanos y los valores democráticos. A partir de ahí, en China hay elementos interesantes, sobre los que podríamos cooperar; y otros aspectos relativos a la libertad y a los derechos democráticos en los que creo se tiene que avanzar mucho para otorgar una democracia digna de este nombre.

Claro. La última pregunta se relaciona con una reflexión más teórica, más abstracta, y por esto más general. En las últimas elecciones, especialmente en América del Sur, las fuerzas de izquierda, que habían gobernado haciendo políticas para mejorar la situación económica y social, perdieron el apoyo de las clases populares, que muy fácilmente pasaron a sostener a la derecha neoliberal y/o reaccionaria. Este acontecimiento pone sobre la mesa una cuestión que me parece de naturaleza socio-psicoanalítica. ¿Cómo piensa que se pueda interpretar y explicar este comportamiento?

Esta es una cuestión de mucho calado a la que habría que dedicar algunas tesis de doctorado. He trabajado y sigo en ello sobre por qué algunos gobiernos que lograron ascender al poder, mediante una operación hegemónica cultural de construcción de un pueblo, no han sabido mantener el estado o podido mantenerse en el poder, perdieron esa potencia, dando paso no ya a una alternativa política meramente diferente, sino incluso a su antagonista. Los casos de Brasil y de Argentina son los más evidentes. Se trata, claramente, de una cuestión muy compleja, porque

influyen factores de distinta índole: económicos, sociales, influencias externas internacionales. Afortunada o desafortunadamente ya no se hace política sólo desde la lógica de la nación, lo que significa colaboraciones con e interferencias de otros países.

Pero una cuestión que tiene que plantearse una fuerza de gobierno es cómo seguir construyendo su relación con el pueblo, como mantener y aumentar la hegemonía. Ernesto Laclau, que teorizó sobre esta cuestión, sostenía que un pueblo se construye políticamente alrededor de unas demandas de mayores prestaciones o servicios en cuestiones laborales, de educación, sanidad, vivienda, etc... Al no ser satisfechas las demandas se hegemonizan en reclamos populares construyendo un antagonismo frente a una oligarquía (una casta) que se siente como la que impide nuestra mejora y desarrollo. Así, todas estas diferentes demandas se articulan en una sola, que puede hacer que la fuerza política que las aglutina llegue al gobierno. Pero, una vez en el gobierno, surge una paradoja: si se atienden las demandas se acaba con el reclamo del pueblo, y este pueblo, que se formó como sujeto político en torno al reclamo, se desmoviliza. Lo hemos visto muy bien en Brasil: ¿dónde estaba toda la gente que los gobiernos de Lula o de Dilma Rousseff habían sacado de la pobreza, cuando los echaron del gobierno con mala maneras? Así, si cumples estas demandas, quizás desmovilizas al pueblo, y si no las cumples todavía es claramente peor porque la gente no puede mejorar su vida y la sociedad se estanca. Esta paradoja tiene que enfrentarse abordando, y quizás resolviendo, la pregunta sobre las maneras de ejercer el poder gubernamental manteniendo a la vez la construcción política del pueblo.

Claramente, y cercano de estas cuestiones socio-políticas, hay probablemente también aspectos referidos a la psicología más profunda y atávica, que tienen a que ver con la atracción por el líder, por la expresión violenta y el rencor.

He leído durante tiempo a Freud y Lacan. Por ello pienso que, seguramente, todas las experiencias humanas, también las políticas, tienen que ser examinadas sin perder de vista algunas enseñanzas del psicoanálisis y de la psicología de las masas; lo que es siempre arriesgado. Tanto en la construcción política del pueblo como en la formación del líder, hay en acto identificaciones que tenemos que no olvidar.

La lección que extraemos es que al final el pueblo puede construirse en diversos sentidos. No se puede pensar que el pueblo sea siempre eminentemente bueno o progresista. Y para ello no hace falta haber leído a Freud o Lacan. Claude Lefort dijo que un pueblo se puede construir a favor de la democracia o buscando un nuevo amo, un Pueblo-Uno. Efectivamente, la construcción discursiva del pueblo se puede hacer a partir de ciertos significantes que pueden ser de igualdad, de democracia, de futuro, o pueden ser también excluyentes, de odio, de desigualdad.

En este momento histórico estamos claramente ubicados en este escenario. Los mensajes, los imaginarios, los significantes están construyendo el pueblo sobre una psicología de las masas excluyente y reaccionaria. Creo que el reto es seguir contraponiendo a esa psicología de las masas una construcción política que atienda a los valores democráticos, una lógica política de cooperación y no de competencia feroz, una política de inclusión no de exclusión. Creo que esta es la tarea política más importante de este periodo.

No podemos seguir permitiendo que el giro autoritario que se está dando en todo el mundo venza, discursivamente y en la práctica, a los proyectos progresistas. Se hace necesaria una estrategia muy fuerte y eficaz de comunicación de otros valores y proyectos políticos. Debemos comunicar y demostrar que realmente otro mundo es posible. Esta es la gran tarea política en este momento complicado.